

Reseñas

MARÍA DE LA PAZ LÓPEZ Y VÂNIA SALLES (coords.), *El Programa Oportunidades examinado desde el género*, México, Oportunidades, UNIFEM y el Colegio de México, 2006, 192 pp.

ORLANDINA DE OLIVEIRA*

El libro *El Programa Oportunidades examinado desde el género* reúne trabajos que constituyen una primera evaluación sistemática y explícita del programa Oportunidades desde una óptica de género. Un antecedente importante de este tipo de evaluación constituye la realizada con datos cualitativos por Escobar y González de la Rocha. Otros esfuerzos en el mismo sentido enfrentaron limitaciones derivadas de la falta de información adecuada. El proyecto que culmina con esta publicación tiene el mérito de haber recopilado información pertinente para los objetivos propuestos mediante la aplicación de entrevistas a profundidad y la realización de grupos focales reflexivos a varones; además de utilizar los datos recopilados como parte del programa Oportunidades (Encuesta de Características Sociodemográficas de los Hogares, Encuesta de Evaluación de Oportunidades en Áreas Urbanas y Encuesta sobre Violencia y Toma de Decisiones) y contar con la información del Observatorio de Género y Pobreza. Este último estuvo coordinado entonces por Vânia Salles y María de la Paz López, y organizado de manera conjunta por la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL), el Instituto Nacional de Desarrollo Social (INDESOL) y El Colegio de México, apoyados técnicamente por el Fondo de Población de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM).

Los proyectos colectivos de recopilación y análisis de datos como el que reseñamos ponen de manifiesto, al igual que otros realizados en El Colegio de México, la importancia de la investigación en ciencias sociales para la elaboración, implementación y evaluación de políticas. Ilustran, asimismo, la importancia de los vínculos entre el ámbito académico y el de las políticas públicas. A partir de este esfuerzo sistemático de mirar al programa Oportunidades desde una óptica de género surgen otras inquietudes, señaladas por los autores y las coordinadoras de este libro, que apuntan hacia nuevas líneas de investigación, que una vez llevadas a cabo seguramen-

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

te contribuirán a enriquecer el proceso de elaboración, implementación y evaluación de Oportunidades y otros programas sociales.

Centraré mis comentarios en algunas de las sugerencias hechas, en los diferentes trabajos por los varios autores y las coordinadoras de este volumen, que podrían potenciar los posibles efectos del programa Oportunidades con miras a lograr una mayor equidad de género. Las recomendaciones giran en torno a diferentes aspectos, seleccioné tres puntos que considero merecen una atención especial:

1. La incorporación de nuevos elementos derivados de la investigación, que permitirían revisar, ajustar o modificar, según sea el caso, los criterios de selección de las familias y las comunidades que entran en el programa.
2. La necesidad de llevar a cabo más investigaciones que permitan ahondar en la relación entre la participación en Oportunidades, las relaciones de poder al interior de los hogares y la violencia doméstica.
3. La urgencia de analizar las repercusiones, en las mujeres y en la dinámica de sus hogares, del esquema de corresponsabilidades del programa con miras a llevar a cabo acciones para contrarrestar los efectos no deseados.

Veamos con más detalle cada uno de estos tres aspectos señalados.

Acerca de los criterios de selección. Es fundamental tener presente la posible “omisión” en la selección de los beneficiarios, de familias que enfrentan un proceso de acumulación de desventajas socioeconómicas, demográficas y socioespaciales. Este es el caso, por ejemplo, de los hogares encabezados económicamente por mujeres, analizados por Rosa María Rubalcava y Sandra Murillo.

Estas autoras sugieren que estas unidades, por sus peculiaridades, deberían recibir un tratamiento especial por parte del programa. Estos hogares no necesariamente tienen ingresos promedio más bajos que los dirigidos por los hombres, debido al mayor grado de utilización de su mano de obra familiar. Ellos pueden incluso quedarse arriba de la línea de pobreza, expresada en el ingreso *per cápita*, y enfrentar así el riesgo de no ser seleccionados o ser retirados del programa a pesar de haber sido incorporados previamente. Sobre los hogares encabezados por mujeres, las autoras enfatizan, desde un riguroso y minucioso análisis estadístico, que ellos presentan singularidades que se traducen en desventajas que podrían ser atenuadas por el programa. Cabe mencionar que se trata de hogares en etapas intermedias del ciclo vital, donde la ausencia del cónyuge lleva a que los hijos y las hijas jóvenes tengan que salir al mercado de trabajo a buscar recursos económicos requeridos para la manutención del hogar o dedicarse al cuidado de la casa, aspectos que los pueden llevar a abandonar prematuramente la escuela. Además, estos hogares tienen una mayor propensión a contar con adultos mayores que requieren recursos y cuidados especiales.

Rubalcava y Murillo dejan ver asimismo que las localidades más necesitadas pueden también no ser incluidas en el programa por carecer de plantel escolar o centro de salud, y estar alejadas de otras localidades que pudieran proveer estos servicios. Ellas muestran la importancia de combinar el análisis de las desigualdades socioeconómicas con el de las desigualdades socioespaciales. Acercamiento que pone

en evidencia la importancia de tener en cuenta el contexto territorial donde se ubican las comunidades en el proceso de selección e incorporación al programa. La interacción de la localidad donde se ubica el hogar con su entorno municipal expresa el condicionamiento espacial y económico más inmediato del hogar. Una localidad pobre en un municipio pobre acumula desventajas para las mujeres; en palabras de las autoras “el entorno influye en la pobreza”. La mayor coordinación de las acciones de Oportunidades con otros programas gubernamentales federales y estatales permitiría la incorporación de las comunidades y los hogares más desamparados.

Acerca de la violencia doméstica. Dos de los cuatro artículos incluidos en el libro tratan del impacto del programa en las relaciones de pareja, y en especial sobre la violencia en la pareja. ¿Por qué esta preocupación?; dentro de sus objetivos, Oportunidades incluye algunos aspectos que buscan contribuir a la equidad de género y al bienestar de la mujer. En este marco, existe la inquietud acerca de las posibles repercusiones “no deseadas” derivadas del hecho de que las transferencias monetarias que incluye el programa sean entregadas directamente a las mujeres que son las titulares de cada familia. La experiencia de otros países ha suscitado el debate sobre si esta regla de operación del programa se asocia o no con la mayor ocurrencia de violencia doméstica.

El trabajo de Rivera, Hernández y Castro, señala que las mujeres titulares de Oportunidades no reportan niveles de violencia más elevados que los registrados en las mujeres no beneficiarias del programa. Los autores destacan que la menor violencia se encuentra en comparación con las mujeres no incorporadas en otras comunidades externas. En comparación con las mujeres de las mismas comunidades no integradas en el programa, no hay diferencias. ¿Cómo explicar e interpretar estos resultados? Los autores sugieren varias hipótesis:

1. El hecho de que las mujeres de una misma comunidad, incorporadas y no incorporadas, experimenten niveles similares de violencia puede deberse a un impacto generalizado del programa en la comunidad.
2. Los más bajos niveles de violencia encontrados en las mujeres que participan en Oportunidades frente a las mujeres de comunidades externas puede ser el resultado de que antes del programa las comunidades y las mujeres integradas ya contaban con niveles más reducidos de violencia.
3. Oportunidades tendría un “efecto de protección” a las mujeres contra la violencia.

En los tres casos se requieren más investigaciones para contar con nuevos elementos que permitan entender los mecanismos de un posible impacto generalizado del programa o del “efecto protección” contra la violencia que estaría ejerciendo el mismo. Queda clara, de igual manera, la necesidad de diseños más complejos de investigación que permitan llevar a cabo análisis longitudinales que capten la ocurrencia de violencia doméstica antes y después de la puesta en marcha de Oportunidades.

Una cuestión central para entender el impacto de las transferencias monetarias entregadas a las mujeres (regla de operación de Oportunidades) es ver en qué medida

este mecanismo de asignación de recursos trae consigo una alteración del modelo tradicional de familia, en el cual los hombres son los proveedores exclusivos y las esposas amas de casa. Varios estudios muestran que cuando las mujeres reciben ingresos derivados de la realización de trabajo extradoméstico hay una mayor probabilidad de propiciar relaciones más conflictivas al interior de los hogares; en otras palabras, realizar actividades extradomésticas por un largo periodo no implica una "protección contra la violencia" porque contribuye a una mayor autonomía de la mujer y a una mayor participación en el proceso de toma de decisiones en el hogar, aspectos que son vistos como una amenaza a la autoridad de los varones.

Ahora bien, el trabajo de Maldonado, Nájera y Segovia muestra que el dinero que reciben las mujeres de Oportunidades no aumenta la violencia porque es visto por los varones como una "ayuda para que los hijos estudien"; no es un dinero de las mujeres, no representa un problema de pérdida de poder para el varón, no es visto como una amenaza. Según afirman los autores, el trabajo extradoméstico empodera a la mujer, mientras que los recursos de Oportunidades no lo hacen. Los autores sugieren que el posible empoderamiento de las mujeres al participar en el programa no viene por el lado del dinero que reciben, sino más bien por sentirse valoradas y tomadas en cuenta como responsables de la administración de los recursos económicos que reciben y por los conocimientos que adquieren. Para los cónyuges varones sigue siendo importante que ellos sean vistos como el principal o único proveedor, incluso cuando no lo sean, pues ellos no quieren ser tachados de irresponsables o poco hombres. Como resaltan Maldonado, Nájera y Segovia, la premisa del hombre como proveedor parece seguir siendo de las más importantes y poco flexibles para definir su masculinidad.

Es importante destacar que los niveles de violencia en las mujeres incorporadas en el programa Oportunidades son todavía elevados, alrededor del 35%, considerando los diferentes tipos de violencia analizados en comparación con cifras nacionales, que varían del 22% a 44%, según la fuente de información analizada.

En un contexto donde prevalecen visiones tradicionales acerca de los roles masculinos y femeninos, y un marcado desequilibrio de poder en la pareja en detrimento de las mujeres, Maldonado, Nájera y Segovia sugieren la inclusión en "el concepto de salud" considerado en Oportunidades, no sólo de la dimensión física, sino también de la dimensión emocional, con programas que tiendan a desarrollar una mayor equidad de género y que incidan en la cultura patriarcal que propicia la persistencia de la violencia doméstica. Se requiere la difusión de una cultura de la igualdad que respete los derechos de hombres y mujeres.

Sería fundamental, asimismo, implementar mecanismos adicionales para el logro de mayor equilibrio de poder en los hogares. Los resultados del trabajo de Rivera, Hernández y Castro muestran que a medida que las mujeres asumen un mayor poder de decisión en el hogar en ámbitos tradicionalmente masculinos (gastos mayores), tiende a disminuir el riesgo de que sufran violencia. En contraste, las mujeres que asumen mayormente las decisiones sobre la crianza de los hijos (ámbito tradicionalmente femenino) están más expuestas a la violencia. Estos resultados sugieren que en los hogares con una división más tradicional del trabajo y del poder, las mu-

jer es estarían sujetas a mayor violencia por parte de sus cónyuges. Pero cuando existe un “desequilibrio de poder” en favor de las mujeres, o sea cuando ellas toman solo algunas decisiones, también aumenta la probabilidad de estar expuestas a una mayor violencia. En suma, estos resultados muestran la complejidad del estudio de la dinámica intrafamiliar, aspecto que requiere investigaciones específicas centradas tanto en los procesos de división intrafamiliar del trabajo como en las formas de convivencia familiar, sin dejar de lado las concepciones que hombres y mujeres tienen sobre las inequidades de género.

Acerca de las corresponsabilidades. En las evaluaciones previas de Oportunidades se ha detectado una incompatibilidad creciente entre los trabajos masculinos y femeninos, y los sistemas de revisión, pláticas y consultas requeridos. Como ha sido destacado por González de la Rocha en evaluaciones cualitativas, el programa Oportunidades opera con la idea de que las mujeres son, sobre todo o únicamente, proveedoras de cuidados y servicios reproductivos, supuesto que esconde la participación de las mujeres en el sustento de sus hogares. Habría que investigar las estrategias que están siendo utilizadas por las mujeres para conciliar su participación en los quehaceres domésticos, en el mercado de trabajo y en las corresponsabilidades del programa.

Como destaca Guadalupe Espinosa en su artículo, la participación de las mujeres de Oportunidades en la actividad económica y en las corresponsabilidades de diferentes programas sociales a los que están incorporadas, responde a una búsqueda de habilidades y reforzamiento de sus capacidades que representa una vía de autonomía, revalorización de sus conocimientos y obtención, mediante su participación en actividades productivas, de ingresos para ellas y sus familias. Esta autora destaca que para lograr esta mayor independencia se requiere que esté presente la “oferta institucional” que la haga posible. Para el caso analizado está en operación el proyecto “Oportunidades productivas para las mujeres rurales que viven en condiciones de pobreza”.

En una situación de acumulación de correspondencias de varios programas hay que analizar los efectos no esperados que podría tener la sobrecarga de trabajo de las mujeres en las tensiones en el hogar y en su estado de salud física y emocional. Se requiere investigar, como destacan las coordinadoras de este volumen, en qué medida la carga de funciones sobre las mujeres es contrarrestada o no por una participación masculina, no sólo en las actividades vinculadas con las tareas de Oportunidades, sino en otros aspectos referidos a la organización de la vida doméstica, y en especial a la división intrafamiliar del trabajo.

Espinosa aboga por la incorporación de medidas que aumenten la capacidad de las mujeres de negociar y lograr una mejor redistribución de las responsabilidades, tanto entre los demás miembros de la familia como en la comunidad. Ella destaca que una buena coordinación de programas institucionales ofrecería mecanismos para que las mujeres adquieran capacidades que les permitan salir adelante por su propia cuenta, y lograr una mayor capacidad de negociación para enfrentar los obstáculos generados por las inequidades de género existentes en nuestra sociedad.

En síntesis, el libro *El Programa de Oportunidades examinado desde el género*, pone de manifiesto que lograr una mayor equidad de género involucra cuestiones

complejas, en las cuales intervienen múltiples aspectos de carácter individual, familiar, institucional y socioespacial, además de elementos culturales, socioeconómicos y demográficos que requieren diseños de investigación interdisciplinarios que combinen un acercamiento cuantitativo y cualitativo, así como datos transversales y longitudinales. Es importante reiterar que los trabajos incluidos en este volumen ilustran la relevancia y la aplicabilidad de la investigación social en la elaboración, implementación y evaluación de las políticas sociales. La labor académica de investigación permite potenciar el impacto de las políticas sociales, así como disminuir sus efectos no esperados o “perversos”, como podrían ser el reforzamiento de los patrones tradicionales de organización doméstica, la acumulación de desventajas de las familias más pobres y desamparadas, o dejar fuera del programa a comunidades que más lo requieren.

FRANCISCO ZAPATA (compilador), *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, México, El Colegio de México, 2006, 495 pp.

SERGIO GONZÁLEZ MIRANDA*

El cofre del tiempo, que es el desierto nortino, atrapó el instante dramático cuando la bala acalló la palabra y la vida de un joven conocido como “El Choño Sanhueza”. En las postrimerías de la dictadura apareció la fosa común donde lo encontraron junto con los otros fusilados de Pisagua. Allí estaba con su piel reseca, con su boca abierta al cielo ahogada por el dolor, su pelo rebelde lleno de juventud y el disco rojo en el pecho. Su imagen es un emblema de la tragedia que vivió nuestra patria, para Pisagua una tragedia más. Para los nortinos la imagen del golpe de Estado de 1973 no necesariamente es La Moneda en llamas, también tenemos otras imágenes que nos duelen de un modo más privado, como esos bultos hechos de saco de arpilleras mimetizados con la arena seca del desierto en que se envolvieron los muertos de Pisagua.

Lautaro Núñez dice que Pisagua es un gran cementerio con vista al mar, porque hay cementerios precolombinos en sus laderas, los hay también del tiempo del salitre y de las distintas delegaciones que llegaron a esas playas. Triste papel le han dado los políticos a este hermoso puerto salitrero. La fosa común fue encontrada lejos de las murallas del cementerio, igual que sucedía con los muertos en las masacres obreras de la pampa (por ejemplo, cementerio del Alto San Antonio), enterrados en un pique fuera de los límites, como si no tuvieran derecho a estar dentro de la sociedad, aunque sea de una sociedad de muertos.

Frágiles suturas es una compilación diversa y desigual, quizás ello le dé aún más valor. Contiene trabajos de gran calidad académica y otros de gran calidad humana. Debo decir que echo de menos la autocrítica necesaria frente a un fenómeno tan

* Universidad Arturo Prat. Iquique, Chile.

complejo y dramático como fue el gobierno de Salvador Allende, quizás treinta años no sea suficiente tiempo como para cerrar el círculo de la historia. El título del libro no pudo ser más acertado, las suturas todavía son frágiles.

Este libro fue creado en México, es por ello que la notable pluma de la historiadora chilena María Angélica Illanes hace una metáfora de estos treinta años, citando el libro de los libros: el *Chilam Balam*. Treinta tiene un tres (3) como una “m” vertical, letra con la que comienza la palabra memoria. Efectivamente, a eso apela este libro, a la memoria, aunque sea la memoria triste. Para que no olvidemos, pero sobre todo para que saquemos lecciones de uno de los capítulos más duros de nuestra historia. En el 2007 cumpliremos cien años de la masacre de la escuela Santa María, en Iquique, y debemos reconocer que es uno de los pocos acontecimientos que han logrado pervivir en nuestra memoria, eso gracias a que el pueblo lo recuerda; ha producido poesía, como el “Canto a la pampa”, de Francisco Pezoa; obras de teatro, como *Santa María del Salitre*, de Sergio Arrau; novelas, como *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim, o *Santa María de las flores negras*, de Hernán Rivera Letelier; una maravillosa cantata como “Santa María de Iquique”, de Luis Advis, etc. Así deberá ser con el 11 de septiembre de 1973, que el pueblo lo recuerda con la mejor de sus expresiones: el arte.

Este libro apela precisamente a la memoria, no a un balance ni a un análisis. Recordar no sólo puede traer al presente ese pasado que a veces hemos querido olvidar y no podemos, sino también permite modificarlo al interpretarlo con nuevas categorías y otro espíritu.

Pablo Yankelevich nos recuerda a Walter Benjamin al decir que la memoria “no es instrumento para la exploración del pasado, sino solamente su medio. Así como la tierra es el medio en que yacen enterradas las viejas ciudades, la memoria es el medio de lo vivido”. Frente a lo sucedido hace ya 33 años, tenemos el deber de recordar. Como dice Francisco Zapata, es “la lucha por la memoria”. ¿Cómo hemos podido olvidar primero la chilenización y después la nacionalización del cobre, cuando CODELCO recibe hoy sobre cuatro mil millones de dólares de excedente? ¿Cómo hemos podido olvidar la Reforma Agraria, cuando vemos los frutos de la modernización agro-exportadora?

Tenemos el deber de re-escribir la historia porque, como señala Luis Corvalán Márquez, “en los países donde hay libertad la historia siempre se está reescribiendo y que —más aún— la visión de la posteridad sobre los hechos pretéritos inevitablemente difiere de la de sus protagonistas”. No podemos aceptar una “historia oficial”; sin embargo, considero, deberíamos intentar un consenso comunicativo, donde queden algunos tópicos bien definidos, como las responsabilidades políticas; de lo contrario el relativismo podría jugarnos una mala pasada. Ya no cabe duda sobre la intervención del Estados Unidos de Nixon, tampoco sobre la radicalidad del discurso tanto de derecha como de izquierda, la conspiración de ciertos gremios del gran empresariado, la ideologización de las fuerzas armadas, la importancia de la guerra fría y de la revolución cubana, la profundización de la democracia y la crisis económica, etc. Empero, me temo que la principal responsabilidad de lo sucedido fue interna, del propio gobierno de la Unidad Popular (UP), en particular, y de la sociedad chilena, en general.

Verónica Valdivia nos recuerda con razón la precariedad del triunfo de Salvador Allende, ello le dio argumentos a los sectores civiles y militares para cuestionar su legitimidad institucional. Quizás por ello el gobierno de Allende debió consolidar su poder. En 1973 no sólo ocurrió el colapso de la UP, sino también el del Estado benefactor y, desde la perspectiva militar, del ibañismo que dio paso al pinochetismo.

Hoy conviene preguntarse, ante el colapso del pinochetismo, cuál doctrina militar le continuará. Cabe la pregunta si ello también implica el término del Estado subsidiario por otro diferente. Si de algo estamos seguros es que no se volverá al Estado benefactor, tampoco al ibañismo, y que la concertación no es la UP. La primera no comparte ideales o doctrinas como la coalición de los setenta, la concertación se formó para derrotar a la dictadura, no para llevar adelante una utopía.

En 1973 también fue el colapso de la “clase trabajadora”, que describe Jorge Rojas Flores, y de la identidad proletaria. Un proletariado que pasó del entusiasmo desbordante (por primera vez, desde Aguirre Cerda, un gobierno de los trabajadores), a la decisión de actuar (se produjo la radicalización y el momento crucial del asalto al poder), a la frustración (se dijo entonces que no estábamos preparados, era la visión pesimista después de la derrota de 1973), al temor (el trabajador que intentó lo imposible enfrentado a una violencia de Estado que no respetó los derechos humanos), y deberíamos agregar la invisibilidad. Se deja de hablar de él para que deje de ser realidad. Nunca más se habla de proletariado, ni de consciencia de clase, incluso el concepto “obrero” ha desaparecido del léxico cotidiano en Chile.

¿Cuál fue la categoría teórica que nos llevó a un imperativo ético excluyeme desde ambos sectores, previo al quiebre de 1973?

El enemigo absoluto (a lo Schmitt) es en mi opinión la categoría teórica que describe el tipo de conflicto entre chilenos para esa época, es decir, aquel adversario que consideramos no está al mismo nivel moral y, por lo mismo, lo descalificamos en su integridad, donde ni la vida del otro tiene valor. Si bien es claro que una parte de la sociedad sufrió mayoritariamente las consecuencias de esa mirada integrista y excluyeme que, en algunos casos, llegó a la muerte, debemos reconocer que ese enfoque estuvo en ambas partes. No podemos dejar de recordar un discurso de Carlos Altamirano a pocos días del golpe, allí también estaba notoriamente el adversario como el enemigo absoluto.

Planteamos que antes del gobierno de la UP hubo enemigos políticos, pero eran enemigos pragmáticos o reales, adversarios; por lo tanto, podían dialogar, había un reconocimiento del otro y no una negación, se le reconocía una cuota de poder y un espacio político y social. No había una descalificación ética.

¿Cómo pasamos de ese tipo de enemigo real al enemigo absoluto? ¿Cuándo comenzamos a despreciar al otro en su calidad humana?

Los diálogos eran de sordos, se negaban la sal y el agua, se maldecía, se intimidaba, se especulaba y acaparaba, se conspiraba.

¿Cómo es posible que entonces algunos desde la izquierda vieran como su enemigo absoluto a don Patricio Aylwin? ¿Cómo desde la derecha hicieron lo mismo con Fernando Flores?

Incluso cabe pensar que el enemigo absoluto en 1973 ya comenzaba a observarse al interior de la propia UP. Como nos recordaba Jorge Tapia Valdés, en la isla Dawson¹ se vieron obligados a hablarse y mirarse a los ojos funcionarios y políticos del propio gobierno de Allende que ya eran adversarios irreconciliables.

¿Hasta qué punto Dawson fue el germen de la concertación?

Por cierto, con la dictadura el enemigo absoluto se hizo más notorio y se amplió a otros sectores de la sociedad. Entonces la desaparición del opositor se convirtió en política de Estado.

¿Cómo llegamos al holocausto del 73? En el libro compilado por el profesor Francisco Zapata encontramos varias respuestas a esta pregunta. La mayoría lo explican dentro de un contexto latinoamericano, donde los golpes de Estado expresaron una época y un fenómeno político compartido. Sin embargo, reconocen que la vía chilena al socialismo fue una experiencia única, y su colapso también. ¡Qué ironía!, por un lado el holocausto, la emergencia del enemigo absoluto, el quiebre de la democracia, la traición y la muerte; por otro, la maravillosa experiencia de un socialismo a la chilena, de ver por primera vez en este país a los sectores populares como protagonistas de la historia de Chile.

Todos los artículos que componen *Frágiles suturas* nos hicieron reflexionar, pero uno de ellos nos emocionó de modo especial, quizás porque es el que más se aproxima a la visión del pueblo y, por lo mismo, nos hace tomar conciencia de los niveles de democracia y movilidad social que alcanzamos no sólo durante el gobierno de la UP, sino a partir del primer gobierno de Arturo Alessandri. No cabe duda de que la democracia se profundizó desde que el movimiento social chileno alcanzó mayores cuotas de poder, a partir de la lucha social que iniciaron los trabajadores del salitre. Se trata del artículo escrito por Osvaldo Tello Gómez, un minero de cepa, sobre la lucha social de la minería del cobre. Es un testimonio transparente que demuestra cuánto han perdido desde entonces los trabajadores chilenos en equidad social y en poder político. Podemos decir que el testimonio de Osvaldo Tello nos señala un punto de inflexión: nos dice que con el golpe de Estado de 1973 concluye un largo periodo de emancipación cultural, de igualación social y sociabilidad de la sociedad chilena. Desde los albores del siglo XX nuestra democracia fue profundizándose década con década hasta alcanzar grados de libertad y distribución del poder que los grupos oligárquicos no fueron capaces de tolerar. Hoy es inimaginable volver a escuchar los discursos de entonces y, lo que es peor, quizá sea imposible que un niño lustrabotas llegue a ocupar un cargo de alta responsabilidad, no sólo en la compañía minera más grande del mundo, sino en cualquier empresa. La brecha social en Chile ha aumentado de forma inimaginable desde esos años de emancipación social. Leer a Osvaldo Tello deja el corazón apretado, pero con un sabor de satisfacción, porque en

¹ Después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, la dictadura encabezada por el general Pinochet abrió un presidio en la remota isla Dawson, ubicada en la Patagonia, al sur del estrecho de Magallanes, donde recluyó a varios altos funcionarios del gobierno de Allende que habían sido detenidos por los militares. Véanse Miguel Lawner, *Retorno a Dawson*, Santiago, Editorial LOM, 2004, y Sergio Bitar, *Isla 10*, Santiago, Pehuén Editores, 1999.

su escrito el odio está ausente, es un escrito de amor al prójimo que nos hace reflexionar sobre un Chile mejor y posible. No tenemos cáncer terminal.

Una voz parecida a la de Tello suena al leer a Juan Pablo Cárdenas, quien habla de la revista *Análisis*, de la lucha de la prensa en la época de la dictadura. Nos dice que el gran derrotado el 11 de septiembre de 1973 fue el pueblo chileno y que aún no se recupera de esa derrota. Notamos en su voz el desencanto (mas no la desesperanza), porque a pesar de su mirada crítica, todavía tiene fe en que impere la justicia social, la igualdad de oportunidades y la democracia participativa.

Peter Winn expone con brillantez el papel de Estados Unidos en el golpe de Estado de 1973 y en la consolidación de la dictadura de Pinochet. Podemos conocer esta intervención con detalle gracias a la desclasificación de documentos hasta ahora secretos. Debemos destacar la importancia de Henry Kissinger, con su *real politik* y su anticomunismo, en dicha intervención. Si bien este personaje ha tratado de negar u omitir su papel en el golpe de Estado en Chile, ya no cabe duda alguna de su influencia, como nos lo hace ver Isabel Turrent, al señalar la “inmensa hostilidad” que mostró EUA hacia el gobierno de Allende al considerar la elección de éste como “grave para los intereses estadounidenses en Chile y también para los intereses de seguridad de EUA”. Nixon habría adoptado una “neutralidad malevolente”, donde se trataría de ocultar la intervención norteamericana que llevó al golpe de Estado de 1973, siendo la ayuda económica y política a la oposición el principal factor de esa malevolente neutralidad. Hoy podemos ver, ya con los antecedentes sobre la mesa, que el régimen de Nixon fue responsable directo.

Según Turrent, *mutatis mutandis*, para Chile funcionó la misma política exterior norteamericana que para Vietnam, basada en la teoría de la “contención” de George Kennan, y que Kissinger continuaría. Temían que Chile se transformara en la punta de lanza del socialismo-comunismo en Sudamérica. La UP no fue capaz entonces de prever esa política norteamericana, para Turrent la política conciliadora de Allende alimentó la tendencia intervencionista de Kissinger en Chile.

Es interesante observar que la llegada de James Carter al gobierno de EUA, en cierta forma, fue una señal de castigo hacia esa política intervencionista y preocupada de los derechos humanos.

En el campo de la politología y la sociología también destacamos el aporte en este libro de Ricardo Forte, quien nos recuerda la guerra fría y sitúa lo sucedido en Chile hace más de tres décadas dentro de ese contexto de conflicto internacional. La complejidad de los factores que culminaron en esa fecha es algo que todos aceptamos, pero las diferencias están en las interpretaciones de dichos factores. Un trabajo particularmente interesante es el de Horacio Crespo, quien analiza el camino al socialismo iniciado en Chile, exponiendo distintas miradas, entre las que destaca la tesis de Régis Debray y la de Joan Garcés, a quien el propio Allende le encargó la misión de contar la historia de lo sucedido. Nos exponen el dilema de la época: la izquierda, la ortodoxia marxista, la opción guerrillera (el foquismo) *versus* un socialismo democrático y pluralista. Revolución *versus* reforma, gradualismo *versus* rupturismo.

Uno de los trabajos que más nos sorprendió, por su calidad e importancia, fue el de José Bengoa, sobre la reforma agraria, porque si bien en el marco general del libro

éste podría aparecer como un tema secundario, el notorio dominio del tema nos permite terminar reconociendo que no sólo era pertinente sino muy importante. El agudo análisis de Bengoa nos convence de que la reforma agraria fue el proceso de cambio social más importante ocurrido en Chile durante el siglo XX, y especialmente durante el gobierno de la UP. Terminar con el latifundio, la hacienda y el inquilinaje o la servidumbre rural fue, ni duda cabe, una revolución de larga duración, donde la estructura social del centro-sur del país se vio profundamente afectada. A pesar de la contrarrevolución de septiembre de 1973, no todo volvió a ser lo mismo, ni tampoco las tierras volvieron completamente a sus antiguos dueños; fue, sea como sea, un triunfo.

Según Bengoa: "A partir de 1960 se lanzaron masas de estudiantes al campo a concientizar a los campesinos, en una campaña que hoy nos produce asombro... El obispo de Talca, don Manuel Larraín, llegó a afirmar que el latifundio es un pecado. Todos entonces tenían la audacia de la juventud. Si revisáramos lo que se dijo entonces, dada la mesura de nuestros días, no podríamos creerlo".

Fabio Moraga nos dice que se percibía a Chile como un "país joven". Durante el gobierno de Allende el 60% de la población tenía menos de treinta años. Esos jóvenes hoy dirigen el país. En esos días ser joven era ser revolucionario; si bien ello no los exculpa de lo sucedido, los responsables del holocausto chileno fueron los adultos de entonces.

Hubo jóvenes que estaban en 1973 haciendo el servicio militar, tenían 18 o 19 años, y debieron enfrentar el dilema terrible de reprimir a otros chilenos. El soldado Michael Nash Sáez, de 19 años, terminó en la fosa común de Pisagua. Apareció junto a "El Choño Sanhueza", cubierto de cal y arena, momificado. ¿Cómo podríamos definir a un traidor? ¿Quién realmente fue el traidor? De seguro no fue este soldado que estaba haciendo el servicio militar para servir a la patria, como otros jóvenes, tan jóvenes como los de Antuco, tan inocentes como ellos. Si Michael Nash viviera tendría mi edad.

¿Por qué los adultos de nuestra patria pusieron a nuestros jóvenes de entonces en ese trágico dilema? No debe extrañarnos que los jóvenes no se inscriban en los registros electorales.

Sabido es que el humano es el único ser que aprende sin haber experimentado un determinado fenómeno, pero también es el único que habiendo vivido una experiencia negativa puede repetirla una y otra vez. Deseamos con toda fuerza que los jóvenes que no vivieron el conflicto ideológico que desencadenó el golpe de Estado en Chile en 1973, aprendan a no llegar a ese nivel de violencia para sostener sus posiciones políticas, pero sin desechar sus ideales por una sociedad mejor. De igual modo, esperamos que quienes sí lo vivieron, valoren la democracia y no vuelvan a repetir los viejos errores que nos llevaron a sufrir los horrores de la dictadura. Que este libro sea un aprendizaje para los primeros y un recordatorio para los segundos.

A la UP la caracterizó la "vía chilena al socialismo". Aunque haya sido una idea o imagen inconclusa, abortada o mal entendida, es la frase que quedará para la historia. Se pensó en llegar al socialismo por la vía democrática porque teníamos una sociedad participativa. Hoy, en los días de la concertación, la frase-meta debería ser "la

vía chilena a la democracia”, porque no cabe duda de que todavía estamos a mitad del camino iniciado en 1989, pero esta coalición, al parecer, no tiene objetivos de esa naturaleza.

Han pasado 33 años desde el golpe de Estado, cuando perdimos el sentido común y todos los demás sentidos, dejamos de vernos, escucharnos, olemos y tocarnos como chilenos. Lo importante es la capacidad de resistencia que tengamos, la capacidad de restaurar los tejidos dañados, las frágiles suturas. No podemos ser vistos como un endémico cuerpo enfermo y que nuestra sociabilidad esté mediada por un espacio de muerte, como cree Lessie Jo Frazier. Hubo una época en que comunistas y conservadores discutían y se respetaban, radicales y liberales se juntaban en centros laicos, todos vestían de gris y camisa blanca. Hoy estamos en un mundo más multicolor, diverso, globalizado, pero menos democrático.

Si hoy recorremos Pisagua, ese viejo puerto mayor transformado en una triste caleta después de la crisis del salitre, y en cárcel por los gobiernos asentados en La Moneda, nos encontraríamos con la cárcel donde estuvieron los relegados de 1973, transformada en un hotel. Su gran teatro, que fue la cárcel para las mujeres relegadas, convertido en una atracción obligada para los turistas, pero donde se oculta que fue cárcel. Sin embargo, una pared de Pisagua tiene pintada en gran formato la imagen de “El Choño Sanhueza”, con una venda en los ojos, su pelo rebelde y el grito apagado por la muerte. Mientras la persistente arena del desierto lentamente oculta la fosa común donde aparecieron nuestros amigos y compañeros, debemos entonces visitar la regularmente para despejar la arena, para conservar la memoria, porque de lo contrario la arena volverá a cerrar el cofre del tiempo.

OCTAVIO IANNI, *La sociología y el mundo moderno*, México, Siglo XXI, 2005, 272 pp.

EDGAR EVERARDO GUERRA BLANCO*

La historia del pensamiento social se aparece al observador como la historia de la sociedad misma. Una breve mirada por los caminos que han recorrido las ciencias sociales en general, y la teoría sociológica en particular, permitiría al sociólogo o al estudioso de su génesis y trayectorias captar no sólo un camino accidentado, con recurrentes anuncios de crisis en los paradigmas, en los métodos y en los fundamentos; con disputas a veces insalvables entre escuelas y perspectivas de análisis; con controversias entre los fines últimos de los programas de investigación, acerca de sus tareas críticas o conservadoras, sobre su visión y misión normativa o sus pretensiones objetivas; sino también, y quizá con cierto toque artístico, dar cuenta de sus imaginarios, de sus concepciones del mundo, de sus elaboraciones teóricas, de su capa-

* Centro de Estudios Sociológicos. El Colegio de México.

cidad de explicar y comprender la realidad, ofreciendo para tal fin paisajes, personajes, frescos que reflejan y dan sentido a los procesos sociales que trata de entender.

La sociología se ha constituido así en un referente obligado para la autocomprensión del mundo en que nació y, también, del mundo contemporáneo en que habita y coexiste junto con otras ciencias. Sucede que con regularidad los hombres se piensan a sí mismos inmersos en una época definitoria, histórica, de transformaciones y desafíos; momentos que perciben como fundacionales pero que, sin lugar a dudas, los orilla a forjar creaciones artísticas, filosóficas y científicas. De ahí que, en el contexto de la Revolución Francesa, de la Revolución Industrial y de las transformaciones estructurales que estos procesos desataron, la sociología germinó, se constituyó, se diversificó e inició su largo proceso de legitimación como “ciencia de la sociedad”. Camino no siempre afortunado y que ha entrado en una nueva fase de redefiniciones a partir de la emergencia de la sociedad global o del “sistema-mundo”, como le llama Octavio Ianni.

En el escrito que aquí se reseña, Ianni nos adentra en el caótico y conflictivo proceso de constitución de la sociedad moderna y de la sociología como su “autoconciencia científica”. A lo largo de diecisiete ensayos escritos en circunstancias distintas, pero que han sido ampliados y actualizados en aras de formar una unidad narrativa —objetivo anunciado por el autor y que, por lo demás, logra sin problema alguno, a pesar de ciertas repeticiones temáticas—, Ianni presenta una visión sucinta de la historia del pensamiento sociológico, acompañada de abundantes referencias históricas, debates entre personajes clásicos, dilemas y conflictos. Su contribución pretende apuntar unas páginas más en la historia de la teoría sociológica pero también, y fundamentalmente, busca constituirse en una aportación a la redefinición de la sociología desde la sociología misma.

Y es que como el lector puede observar, el autor no sólo delinea en sus trazos generales la “dialéctica” implícita en la formación del pensamiento social y el desarrollo de la sociedad, sino que tal esquema interpretativo parte desde una perspectiva epistemológica y teórica que Ianni ha tratado de cultivar a lo largo de su producción académica y que fundamenta su visión de la sociedad y de los procesos y productos simbólicos con los que ésta última se piensa a sí misma, como es el caso de la sociología; si bien el refinamiento conceptual de tal propuesta teórica no se encuentra precisamente en el texto. Se trata, por tanto, de señalar los rasgos del “sistema-mundo” y de la “segunda modernidad”, y de cómo tales procesos impactan en el pensamiento social.

En efecto, desde una perspectiva histórica profundamente enraizada en el marxismo, el texto se encuentra dividido —al menos desde la apreciación del reseñista, que no en la estructura del libro— en dos grandes bloques: el primero narra el nacimiento de la sociología en el escenario de la construcción de los estados nacionales y de la primera modernidad; la aparición de los temas y problemas fundamentales que atentan el pensamiento social; la edificación de las perspectivas de análisis más generales, tanto en el aspecto teórico como en el metodológico; la construcción e imaginación de los conceptos, las categorías y el permanente conflicto entre sujeto-objeto; lo macro-micro; la neutralidad valorativa y la crítica normativa. El segundo

bloque se enfoca a la reconstrucción de la sociología, inmersa en la aparición de la sociedad global y la segunda modernidad, abordando desde un ángulo distinto los viejos conflictos y debates, repensando y ensayando soluciones a las aporías que persisten, que subsisten en el fondo de la ciencia social.

A lo largo del recorrido, el texto refresca la memoria del que conoce la historia de su quehacer científico, y si no es el caso llama la atención por tal descuido profesional ya que, para Ianni, desconocer la historia de la sociología desemboca en el árido ejercicio del oficio, sin perspectiva histórica, sin conocimiento del método, sin capacidad de hacer frente a los problemas contemporáneos. Así, presenciamos el vistazo que el autor da sobre los principales debates en temas metodológicos, epistemológicos y prácticos de la ciencia social, a saber: entre positivismo y dialéctica, fenomenología y marxismo, marxismo clásico y marxismo analítico, entre estructuralismo y hermenéutica, lingüística y ciencias sociales, holismo e individualismo; o entre sincronía y diacronía, sujeto y objeto, modernidad y postmodernidad, apuntándolos, certificando su existencia y la necesidad de conocerlos y, en todo caso, repensarlos en el nuevo contexto global.

La “tentación metodológica” o el persistente retorno a la discusión sobre la neutralidad valorativa y la cientificidad de la sociología, pareciera apuntar a excluir los problemas de contenido frente a la discusión del método. Por lo que Octavio Ianni nos advierte acerca de la imperiosa necesidad de retornar a los clásicos para repensar las epistemologías, las ontologías, los fundamentos. Repensar y reconstruir el actual ejercicio sociológico con el único objetivo de no convertir al objeto de estudio en un fetiche, como a menudo ha sucedido al interior de escuelas de pensamiento que privilegian lo sincrónico, la estructura, la función, la cibernética o el sistema.

De ahí el ataque que lanza el autor de manera reiterada contra los constructos teóricos que olvidan captar la historicidad de lo social, que soslayan el carácter de permanente movimiento y transformación del tejido societal. La sociología, nos recuerda, es reflexión sobre la sociedad pero también reflexión permanente sobre sí misma. De una u otra forma, en sus periodos de “crisis” —hechos recurrentes más que aislados, como demuestra la historia de la ciencia— la sociología se vuelve sobre sí y se cuestiona, regresa a los orígenes, a los fundadores e incluso a los precursores. Pareciera que los momentos problemáticos de tal ciencia son precisamente su condición de “normalidad”, pues al encontrarse en permanente reflexión, la “crisis” adquiere carácter de naturalización, se hace “normal”.

En este sentido, no es casual el llamado de Ianni contra la industrialización y la burocratización del pensamiento. En las actuales condiciones del sistema-mundo, presenciamos una marcada tendencia de la ciencia por adecuarse a las necesidades de la sociedad administrada, de las estructuras de dominación y apropiación, de las fuerzas productivas, de la razón instrumental. La ciencia peligra de convertirse en tecnología social y en técnica de la política. Al tratar de erigirse en método para perfeccionar el orden social vigente, se pierde en el camino la capacidad de crítica, de imaginación, de reflexión y de invención; así como se pierde el sentido de la historia en la ciencia social, de la historicidad de lo social y de la historicidad de la ciencia so-

cial. Una tarea de las ciencias sociales es entonces —nos dice Ianni— no perder la perspectiva histórica de sí mismas y de su objeto, así como tampoco reducir su auto-comprensión y su entendimiento de sí, para no redundar en la construcción de mitos, en la reificación del pensamiento y en la formación de ideologías.

Así, la ciencia social se vacunaría, desde la perspectiva de Ianni, contra la pérdida de reflexividad, de capacidad crítica y visión totalizante. No negaría en tal contexto sus implicaciones políticas y normativas, pero las incorporaría a la propia reflexión, al tiempo que se mostraría renuente a las pretensiones axiológicamente neutras. Cabe subrayar que, a lo largo del texto, el autor enfatiza en la discusión de la problemática metodológica en la sociología porque reconoce las implicaciones políticas de la investigación social; desde la elección del tema de interés cognitivo hasta la construcción del objeto de estudio; desde el trabajo de campo, la elaboración de entrevistas y la participación en el mundo de lo estudiado hasta la redacción de notas de investigación, el informe final y las tareas de publicación y divulgación del conocimiento alcanzado. Y es por tales implicaciones políticas que el autor se lanza contra la “tecnificación e informatización” de la actividad científica, contra su utilización como “tecnología social” y “técnica política”, contra la imposición de la “cantidad como criterio del hacer y el pensar”.

Es en este punto de la narración que Octavio Ianni recuerda que toda explicación sociológica se levanta, invariablemente, sobre ciertos principios explicativos fundamentales: evolución, causalidad funcional, estructura significativa, reducción fenomenológica, conexión de sentido y contradicción. Y éstos, por su parte, refieren momentos lógicos esenciales de la reflexión: apariencia-esencia, parte-totalidad, singularidad-universalidad, sincronía-diacronía, cantidad-calidad, historicidad-lógica, singularidad-universalidad, pasado-presente, sujeto-objeto, teoría-práctica. Son los dilemas de siempre, sujetos a una permanente reconstrucción crítica tanto más en cuanto que en el horizonte civilizatorio forjado desde el capitalismo ha aparecido un “nuevo mapa del mundo”.

Un nuevo mapa del mundo que el autor nos describe, en sus líneas generales, a partir de la segunda parte del texto que aquí se presenta. En efecto, “la política cambia de lugar”, “las ciencias sociales y la sociedad mundial”, “la internacionalización de la sociología” o “el nuevo encantamiento del mundo” son una muestra de los ensayos en los que Ianni introduce su concepción de la sociología en el contexto del sistema-mundo y la segunda modernidad.

Para el autor, las telúricas transformaciones que han acontecido durante los últimos decenios, y que han transfigurado las principales configuraciones geopolíticas y económicas que hoy ya se nos aparecen como irreconocibles —por ejemplo, de las tribus, ciudades-estado y naciones a los estados-nacionales e imperios; del feudalismo, mercantilismo e imperialismo a las relaciones internacionales, multinacionales, transnacionales, mundiales y ahora planetarias—, llevan consigo la reconfiguración del tiempo, la “desterritorialización” y “reterritorialización” de los espacios, el fin de la geografía y el inicio de la época de los flujos. La “sociedad global” se configura así como el nuevo escenario de la historia, de las luchas sociales, de las articulaciones y contradicciones que afectan a individuos y colectividades, naciones y regiones.

Junto a los cambios en las estructuras de apropiación del excedente económico, la política también se desterritorializa. Así, atestiguamos una creciente separación entre el estado y la sociedad civil. El primero, por un lado, responde más a estructuras de poder político y económico que se encuentran en la periferia de sus fronteras geográficas y políticas. Los consorcios transnacionales devienen en “estructuras mundiales de poder” que controlan la hegemonía geopolítica, utilizan los medios de comunicación para implementar políticas públicas tendientes a legitimar el *statu quo*, a difundir una ideología consumista, una ciencia conformista y una política que descansa más en la imagen que en las ideas. La segunda, por su lado, la sociedad civil, se encuentra en un proceso de articulación a nivel mundial y de construcción de la hegemonía de las clases y los grupos subalternos frente a los bloques de poder organizados en torno al neoliberalismo.

Por tanto, el “globalismo” se presenta como el más fundamental desafío para la sociología, tanto en el ámbito epistemológico, como en el teórico y el metodológico. Se hacen necesarias nuevas categorías para aprehender la realidad —nos advierte el autor— que den cuenta de la configuración geohistórica que el capitalismo ha recreado, que otorgue las herramientas metodológicas para entender las relaciones, los procesos y las estructuras sociales que si bien aún no desplazan a realidades y conceptos a los que el estudioso estaba acostumbrado —como movimiento social, sociedad civil, sindicato, opinión pública, clase, ciudadanía, soberanía, hegemonía—, sí necesitan un andamiaje distinto para su comprensión y explicación.

En la sociedad mundial, las ciencias sociales se encuentran en un proceso de ruptura histórica y epistemológica que les obliga a enfrentar otros debates que el autor de *La sociología y el mundo moderno* presenta así: nacionalismo-cosmopolitismo, identidad-diversidad, integración-fragmentación, relativismo-universalismo, sociedad civil nacional-sociedad civil mundial, neoliberalismo-neosocialismo. Ante la nueva totalidad histórico-social, la metamorfosis de la sociedad y la obligada faena de reconstrucción del objeto de estudio, es una tarea de la sociología someter a crítica el conocimiento acumulado, pues éste ha adquirido un carácter problemático, por lo que no siempre responde a las exigencias de rigor planteadas por la ciencia; además, es necesario reorientar los objetivos epistemológicos, teóricos, metodológicos y, por supuesto, normativos; abrirse a la multidisciplinariedad, ya que ahora todo se encuentra interconectado; utilizar el método comparativo para encontrar las consistencias y hurgar en las contradicciones; adoptar, también, un “mirar desterritorializado” que amplíe la perspectiva y los horizontes de análisis. Todo lo anterior, con la finalidad de iniciar la ineludible reformulación de un armazón teórico construido ya no desde los estados nacionales, sino desde la sociedad global. “Si las ciencias sociales nacieron con la nación, renacieron con la globalización”, sentencia Ianni. La sociología ha sido el emblema de la modernidad. En su nacimiento, de la primera modernidad, de la “modernidad-nación”; ahora, de la “segunda modernidad”, la “modernidad-mundo”.

Y no es que las ciencias sociales se encuentren en un *impasse* ante la aparición de la sociedad global. Como el propio Octavio Ianni apunta, la sociedad mundial ha sido interpretada en términos de sistema, desde el mundo de vida y desde la historia.

Las tres perspectivas, además, mantienen un diálogo permanente y fructífero; sin embargo, es la visión histórica que, desde la postura del autor, se revela como la que más elementos contiene para brindar una comprensión totalizadora sobre la realidad; una visión que, incluso, subsume, contiene, a las dos anteriores.

Y esto es así por el capitalismo es histórico y transitorio. Más aún: su propia dinámica está creando las condiciones de su superación por el socialismo, en su papel de nuevo modo de producción y proceso civilizador. La emergencia de una “revolución burguesa mundial” y de la “sociedad civil global” no hacen sino incentivar la imaginación sociológica, acrecentar las metáforas, multiplicar los conceptos y las categorías, así como las alegorías, las ideologías y las utopías: nuevo orden económico mundial, cultura global, fábrica global, mercado mundial, organización multilateral, sistema-mundo, comercio global, sociedad civil mundial, sociedad del riesgo, corporación transnacional, tierra patria, integración regional, mercado emergente, economía-mundo, realidad virtual, desterritorialización, ciudadano del mundo, estructura mundial de poder, cosmópolis, mundo sin fronteras, aldea global.

La sociología regresa a sus orígenes. Si con la construcción de los estados nacionales, la diferenciación de un sistema económico que se autorregula por medio del mercado y la creación de una sociedad civil —con sus problemas de integración social, que se explican en la disolución de los sistemas sociales tradicionales— nació la sociología como una disciplina interesada en temas como la anomia, la división social del trabajo, el capital y la religión, por mencionar un mínimo índice de las dificultades que ha abordado; también la sociología se ha constituido en una ciencia de la “crisis”, en uno de los “lenguajes de la modernidad” que, ante la actual realidad global, está obligada a “taquigrafar” los dilemas de la “segunda modernidad”.

Esta es la invitación que a los sociólogos y a la sociología hace Octavio Ianni. La sociología, nos dice, no debe olvidar su tarea de observar a la modernidad y de observarse a sí misma. Pero tampoco su indudable papel como copartícipe de la configuración de la “modernidad-mundo” al “desencantar” las actuales configuraciones y tendencias.

Al inicio de esta reseña señalábamos que los clásicos, en el sentido que les confiere Jeffrey Alexander, nos habían legado un enorme acervo de conocimiento científico; pero también de paisajes, personajes, frescos y utopías de los armazones de las sociedades europeas. Hoy, y con esto también concluye Octavio Ianni, a la par de las creaciones artísticas y filosóficas se hace necesaria la explicación y la comprensión científica del mundo moderno, que le den sentido, que lo aclaren y desencanten, pero también que lo recreen en el pensamiento.

